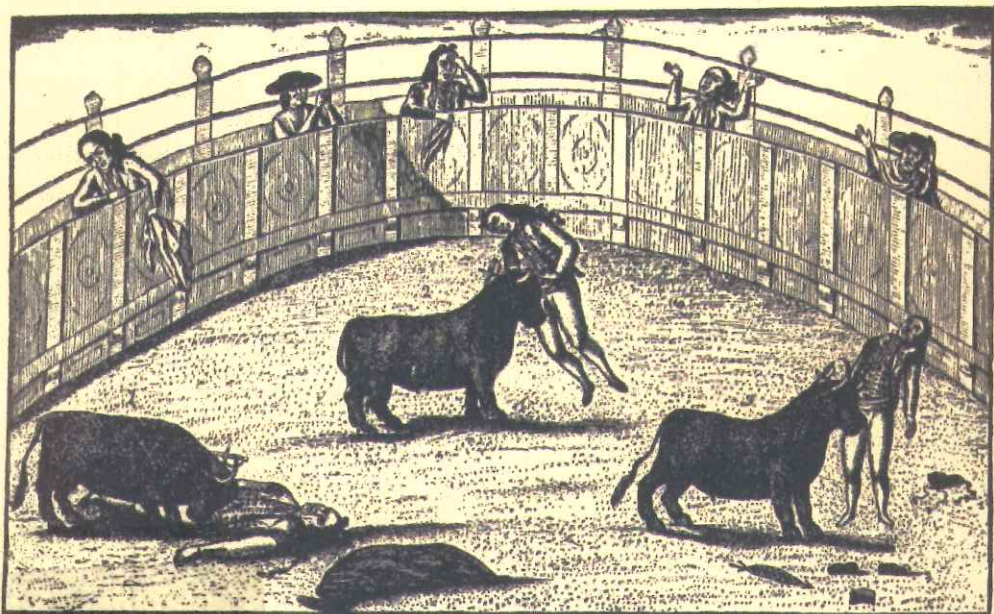


ACTAS DEL SEMINARIO-COLOQUIO SOBRE
LA CRÓNICA TAURINA

PRIMERAS JORNADAS DE COMUNICACIÓN EN LA
REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA,
CELEBRADAS DEL 4 AL 6 DE MARZO DE 1998

MANUEL BERNAL RODRÍGUEZ
CARMEN ESPEJO CALA
MARÍA DEL MAR GARCÍA GORDILLO
(EDITORES)



EL 98 Y LOS TOROS (*)

La conferencia de D. Andrés Amorós, celebrada el viernes 6 de marzo, convoca a un gran número de personas inscritas o no en el Seminario. D. Manuel Bernal, Director del Seminario, presenta al Catedrático de Literatura de la Universidad Complutense como ejemplo de lo que se ha debatido en los días previos, de cómo intelectuales de primera fila se encaran con el tema de los toros y lo plantean desde esa óptica humanística y cultural, tratando de hacer una referencia que contemple este fenómeno como algo más que un espectáculo, ya que es un capítulo importantísimo de la historia cultural española.

Andrés Amorós inició su intervención disculpándose por el tono de su conferencia: «aburrida, erudita y de tipo histórico». Resulta que este año se conmemora el centenario de los nacimientos de García Lorca, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, ...también, el centenario del llamado Desastre del 98. Entonces no es frívolo relacionar, por dos razones, ambos eventos. En primer lugar porque actualmente existe una inquietud muy grande por la historia de los espectáculos, dentro de lo que se podría llamar la historia de la vida cotidiana: cómo vivían, cómo comían, cómo eran sus casas, cómo se enamoraban y, también, cómo se divertían los españoles, a qué espec-

* El texto siguiente es la reseña de la conferencia que, con este título, pronunció el Profesor Andrés Amorós, el día 6 de marzo de 1997.

táculos acudían, y por supuesto a través de los espectáculos se puede ver esa intrahistoria, esa historia de la vida cotidiana; además los grandes historiadores actuales necesitan de los periodistas, son periodistas, pues para saber de estos temas hay que ir a los periódicos. En segundo lugar, la tauromaquia ha ido unida siempre a la historia de España, y para entender la tauromaquia, o al revés, para entender la historia de España, es conveniente ver la situación de los toros en cada uno de los momentos, porque eso refleja clarísimamente la sensibilidad popular, los conflictos que hay, la psicología del hombre español.

El siglo XVIII, momento fundacional de la tauromaquia, es el momento de la Ilustración en España; curiosamente la fiesta de los toros en el sentido moderno se codifica, se moderniza y se constituye unida a la razón, a la Ilustración. Pues bien, entre los ilustrados españoles los hay favorables a la fiesta y contrarios. Por ejemplo, a Jovellanos no le interesa, no le gusta la fiesta de los toros, considera que es algo puramente profesional, que no es algo que caracterice al hombre español, probablemente porque Jovellanos era asturiano y no había tenido un conocimiento cercano del mundo taurino. En cambio, el grandísimo ilustrado español que es Francisco de Goya es un loco por los toros, no sólo en su obra pictórica de temática taurina, sino personalmente, tanto que las cartas que escribía a su amigo Zapater las firmaba "Francisco el de los toros".

En el siglo XIX, concretamente en su último tercio, los toros y el teatro eran las dos pasiones nacionales. Entonces los toros no se limitaban al espectáculo ortodoxo que hoy conocemos sino que había otras muchas cosas. Había *mojigangas*, *mojigangas taurinas* que unían estas dos grandes pasiones españolas del momento: en los ruedos se representaba una especie de sainete, imaginemos *El sultán y la Odalisca* o *Los siete niños de Écija* o *El médico y su paciente*, esto es, una obra

cómica, costumbrista medio en broma, medio en veras, en cuya mitad soltaban un becerro o un novillo, al que el sultán o uno de los niños de Écija o el médico había de dar unos capotazos; es decir, un espectáculo cómico muy pintoresco.

También en aquella época se organizaron una serie de peleas de toros con otros animales. En el año 1897, en la plaza vieja de Madrid, el toro Regatero se enfrentó a un animal. Buscado el animal más feroz en el mundo entero, pensaron que era un tigre de Bengala llamado César. A pesar de la ferocidad pregonada del tigre, resultó que el toro le pegó una paliza, dejándolo muerto en la jaula. Al año siguiente, 1898, se intentó enfrentar el toro Sombrerito con el elefante Nerón, pero no hubo duelo, porque el elefante acobardado evitó la pelea y salió huyendo.

En esos años, además de las cuadrillas de toreras de origen barcelonés que actuaban por todo el territorio español, surge una figura curiosísima: Don Tancredo López, el rey del valor. Don Tancredo se limitaba a imitar la estatua de Pepe Hillo, permaneciendo inmóvil. Tanto éxito tuvo que le salieron muchos imitadores. Y lo curioso es que en este momento del desastre, la "suerte de Don Tancredo" se interpreta simbólicamente como algo característico del pueblo español, para bien y para mal. Unos dicen que eso simboliza los males de la psicología española, el español que pasa de todo, que está perdiendo las colonias y que queda quieto. Otros dicen precisamente que eso muestra la arrogancia, el carácter español, el estoicismo senequista que en los peores momentos sabe mantener la calma y conservar el tipo.

Es en 1989 cuando muere Frascuelo y, simbólicamente, el mismo día de su muerte el Congreso de los Estados Unidos da su autorización al presidente McKinley para disponer de los fondos económicos necesarios para declarar la guerra a España. Los periódicos ponen en relación las dos cosas: «el mismo día muere Frascuelo y el Congreso vota contra nosotros, pare-

ce que un gato negro estaba en el Maine y que nos ha mirado mal».

A partir de entonces, según llegan las noticias del desastre, se organiza una serie de corridas especiales. No es que el pueblo asistiera despreocupado a las plazas, sino que el gobierno, temeroso de que hubiera rebeliones, manifestaciones o huelgas, se empeñó en que continuara la fiesta de los toros como si tal cosa, para apaciguar y distraer al público. La voladura del Maine es el 15 de febrero del 98, el 25 de abril se declara la guerra y la noticia del desastre llega a Madrid el 1 de mayo; ese día hay corrida normal, el 2 de mayo también y el periódico *El Progreso* lo justifica diciendo así: «no importa, siempre adelante y que nos vea el universo igual, despreciando a la muerte y aplaudiendo el valor de la fiesta nacional».

Finalmente se organiza la gran corrida patriótica el 12 de mayo y lo más curioso son los brindis. En la corrida se lidiaron once toros y hubo brindis tales como: «brindo por usía, por el público en general, por el Ejército y la Marina y porque no quede un yanqui en todo el lugar», «brindo por el heroico pueblo del dos de mayo, por el señor alcalde que nos representa en ese palco y porque el importe íntegro que se recaude en esta corrida se destine en dinamita para hacer saltar en mil pedazos a ese país de aventureros que se llama Norteamérica» o «brindo por el presidente y por su acompañamiento y porque no quisiera más sino que se volviera un yanqui el toro».

Pero lo que ciertamente se discute a finales de siglo es si la fiesta de los toros nos aleja de Europa; es decir, si sirve para educar bien o mal al pueblo español. Los grandes escritores del 98 oscilan muchísimo en su actitud frente a la fiesta de los toros.

Azorín, que en sus comienzos condena el ambiente del que se rodean las corridas, obsesionado por el tiempo, cuenta pasados unos años:

El Mancheguito estaba recostado en su barrera, cogí su capote, me fui al toro y le di varias verónicas. La cosa fue como ver y no ver, cuando se hace algo con fervor se condensa el tiempo, los minutos se reducen a segundos, en mi baja esfera he tenido algunos momentos en toda la vida, sólo algunos momentos de condensación del tiempo [...]. Los toros son nacionales y lo afirmo yo convicto y confeso de haber pecado, pensando que no, y lo son porque en los toros advertimos, sentimos con toda nuestra sensibilidad que algo trágico se decide en un momento.

Algunos autores son totalmente contrarios a la fiesta de los toros. Pío Baroja, que estaba obsesionado por el dolor humano (éste fue el objeto de su Tesis Doctoral), consideraba los toros una fiesta en la que sólo se percibía el miedo del torero y la crueldad del público. Lo curioso es que utilizó con frecuencia en sus obras metáforas tomadas del lenguaje taurino.

Ramiro de Maeztu, de formación inglesa, también era contrario a todo lo castizo: «las causas de nuestros males son nuestra desidia, nuestra pereza, el género chico, las corridas de toros, el garbanzo nacional, el suelo que pisamos y el agua que bebemos».

Miguel de Unamuno es contradictorio y paradójico: «aunque aborrezco las corridas de toros me gustan los toros en el campo y mucho. Algunos de mis mejores ratos los he pasado en una ganadería de este campo de Salamanca dibujando toros». También escribió: «las corridas de toros están muy bien. Lo que me molesta es que los españoles hablen de ellas, porque pierden mucho el tiempo». Y en un tono más serio: «hay en la afición a los toros algo trágico, algo solemnemente trágico, algo terrible que nos puede permitir penetrar hasta las más recónditas honduras del alma de nuestro pueblo».

Valle-Inclán es otro escritor importante en su visión de la tauromaquia; fascinado por Belmonte escribe: «Juan Belmonte es pequeñito, feo, desgarbado y, si me apura mucho, ridículo. Pues bien, coloquemos a Juan ante el toro, ante la muerte y Juan se convierte en la misma estatua de Apolo, en lo más

hermoso que cabe». Valle-Inclán quería revolucionar la escena española del momento y el ejemplo de lo que quería para el teatro lo encontró en las plazas de toros: «si nuestro teatro tuviese el temblor de las fiestas de toros sería magnífico, si hubiese sabido transportar esa violencia estética, sería un teatro heroico como la *Ilíada* [...] los toros son la única educación que tenemos».

Por último, Manuel y Antonio Machado eran reconocidos aficionados y en sus escritos, tanto los taurinos como los estrictamente literarios, no faltaron alusiones al mundo de los toros. Antonio escribió a través del sabio personaje Juan de Mairena: «Las corridas son esencialmente un sacrificio, con el toro no se juega puesto que se mata sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, el holocausto a un dios desconocido».

Los hombres del 98 se planteaban si la fiesta de los toros nos permitiría o no, regenerarnos y acercarnos a Europa, que era lo que en definitiva les importaba. En su juventud, varios de ellos, dicen palabras duras, no contra la fiesta de los toros en sí, sino contra los efectos que pudiera producir para la modernización de España. Después la mayoría de ellos comprenden lo importante que es para la manera de ser española esta fiesta, en lo positivo y en lo negativo, con sus luces y sus sombras.

M^a DEL MAR GARCÍA GORDILLO